

LA BIBLIOMANÍA Y OTROS MALES DE LA LECTURA EN EL SIGLO XVIII¹

MARÍA JOSÉ RODRÍGUEZ
SÁNCHEZ DE LEÓN

IEMYRhd-Universidad de Salamanca

En 1761 se publicaba en La Haya un tratadillo titulado *De la bibliomanie*, escrito por el académico de Lyon Bollioud de Mermet. En este discurso el que fuera Secretario perpetuo de la Academia de Ciencias y Bellas Letras de esta ciudad francesa y bibliómano reconocido², denunciaba una moda que se había extendido en la sociedad de su tiempo, a saber, el gusto por acumular libros solo por vanidad o por lujo. En el prólogo antepuesto a dicha obra afirmaba:

¿Quién podría creer que la lectura, el medio más acertado para nutrir el alma y formar las costumbres, solo logra producir, con muy poca frecuencia y de manera tenue, estos efectos felices y que, al mismo tiempo, el placer hacia los buenos libros, tan noble y útil cuando se usa con juicio, puede degenerar en una afección desordenada y convertirse en un objeto de una pasión fantasiosa? (8-9)³

Según explica, la proliferación de bibliotecas privadas se ha convertido en un mal del siglo, por cuanto la función pública que se halla implícita en la impresión de las obras y en los beneficios que derivan de la lectura se habían deturpado. El gran problema que observa es que los libros se han convertido en un artículo que unos coleccionan por el mero placer de hacer ostentación de lo que poseen y otros acumulan sin saber cuáles resultan más adecuados para satisfacer sus necesidades lectoras. Quienes así proceden, los bibliómanos iletrados, por un lado, y las gentes menos doctas, por otro, no muestran ninguna curiosidad por su contenido, sino que se dedican a

¹ Este trabajo es resultado del Proyecto de investigación *Teoría de la lectura y hermenéutica literaria en la Ilustración: edición de fuentes documentales y literaria (1750-1808)* (FFI2016-80168-P) del Plan de investigación de Excelencia I+D+i del Ministerio de Ciencia e Innovación sufragado con Fondos Feder.

² Louis Bollioud-Mermet (1709-1773) fue un intelectual de la ciudad de Lyon que desempeñó la función de Secretario perpetuo de la Academia de Ciencias y Bellas Letras desde 1758. Para un mayor conocimiento de la vida y obra de este autor, así como una traducción completa del texto citado, véase Bollioud de Mermet, *La Bibliomanía*.

³ Las traducciones son mías.

acumular títulos sin seguir principio organizador alguno. A los primeros, es decir, a los bibliómanos, la única intención que les guía es el deseo de exhibirlos en sus gabinetes; en cambio, los segundos se hallan perdidos en un océano de obras que no saben discriminar.

Cuenta Luzán en sus *Memorias literarias de París* del año 1750 que en la capital francesa el número de librerías e impresores se había multiplicado tanto que sus ministros le estaban prestando atención a la publicación de obras y no solo, aunque también, por controlar su entrada y la impresión furtiva (343-344)⁴. Además, señala también Luzán, que, junto con la Imprenta Real, ubicada en las galerías del Palacio del Louvre, existen otras prensas dedicadas a la producción de grandes ediciones estando todas ellas sometidas a estrictos controles periódicos y regulaciones oficiales (346). No es lugar aquí para narrar la historia de la imprenta y de la censura en Europa, pero sí de llamar la atención sobre la especialización de imprentas e impresores dieciochescos en obras de gran formato y en ediciones suntuosas a las que harán referencia, entre otros, el preceptista español y el erudito francés.

La segunda mitad del siglo XVIII constituyó una etapa tan prolífica en términos editoriales que dio lugar a que en toda Europa se publicaran numerosos textos menores (pliegos de cordel, folletos y hojas volanderas) y obras de gran formato que, además de nutrir las bibliotecas reales y nobiliarias, hacían las delicias de caprichosos coleccionistas y de ilustres amantes de los libros (Cátedra, *G. B. Bodoni, La bibliofilia*). Los reyes, príncipes y otros aristocráticos promotores de la cultura, civiles y religiosos, realizaban en principio un bien público, pues sus bibliotecas se valoraron como un patrimonio colectivo digno de cualquier amante del saber y de sociedades que testimoniaban así su amor por la cultura escrita⁵. Así pues, correspondía a estos amantes de los libros preservar el legado textual del

⁴ Sobre la relación entre imprenta y censura en Francia, véase Rodríguez Labandeira y Darnton, y sobre las bibliotecas en Europa, Chartier.

⁵ Conviene diferenciar entre las librerías de cámara, denominadas luego reales bibliotecas, de uso privado y cuyos usuarios eran los monarcas y sus familias, y la Real Biblioteca que, siendo fundada por los reyes, estaba destinada a su consulta pública. Para el caso español, véanse los trabajos de Morales Borrero, López-Vidriero ("La biblioteca", "La librería" y "Apuntes") y Enciso Recio. Acerca del número de volúmenes que deberían formarla y la desproporción que se observa respecto de los que acumulaban algunos conocidos bibliomaniacos, puede verse la recomendación del benedictino fray Martín Sarmiento en sus "Reflexiones literarias para una Biblioteca Real" que dirigió a Juan de Iriarte en 1743 donde afirma que "no debe aterrar el número de 28.000 cuerpos de libros, por excesivo, si se advierte que es aún superior el número de volúmenes que hoy tiene la Real Biblioteca de París" (103). Para una historia de la imprenta en Europa en el siglo XVIII, puede verse Albert Corbeto.

pasado y dejar constancia histórica de las aportaciones eruditas del presente. En el lado opuesto, se encontraban quienes se limitaban a acumular libros sin intención alguna de leerlos. Las obras impresas o manuscritas se convirtieron en un objeto de deseo por parte de personas tan adineradas como incultas (comerciantes y burgueses principalmente) que se presentaban como aficionados a todas las artes y ansiaban exhibir lo mismo pinturas que estampas, jarrones, medallas o libros.

Jean de la Bruyère en sus *Caractères ou Les moeurs de ce siècle* del año 1688, numerosas veces editado a lo largo de los siglos XVIII y XIX en francés e inglés, expresa con la siguiente anécdota su indignación ante los extremos a los que había llegado este furor coleccionista ya en el siglo XVII:

Un hombre me comunica en la conversación que tiene una biblioteca. Quise verla. Me dirijo al encuentro de este hombre, que me recibe en una casa en la que, desde las escaleras, pierdo el sentido con el olor a cordobán negro que cubre todos los libros. Para reanimarme me grita al oído que los libros tienen hojas con el corte dorado, que están adornados con filetes dorados de muy buena edición, me nombra los mejores uno tras otro, me dice que la galería está llena, que en algunos lugares están pintados de modo que parece que haya auténticos libros colocados en los estantes, a modo de trampantojo. Añade que no lee nunca, que nunca va a esa galería, que viene para contentarme. Le agradezco su atención y no quiero, o no más que él mismo, visitar la curtiduría que llama su biblioteca. (II: 158-159)

Según añade en el correspondiente comentario, el propietario de dicha biblioteca prefiere saber mucho a saber bien y, por lo tanto, tener un conocimiento superficial de cualquier ciencia a disponer de un saber profundo de una única disciplina⁶. Poseen, como indica el mismo autor, una curiosidad vana que solo conduce a una crasa ignorancia (135). Sus conclusiones no pueden ser más contundentes:

Estas gentes leen a todos los historiadores e ignoran la Historia; ojean todos los libros y no se aprovechan de ninguno. Está presente en ellos una esterilidad de hechos y principios que no puede ser mayor, pero, por el contrario, poseen la mejor cosecha y la riqueza más abundante de

⁶ Este asunto constituyó un tópico de la época, por cuanto se entendió que el aumento de lectores había propagado un diletantismo pernicioso. El rechazo a los diccionarios, obras enciclopédicas y a los periódicos halla aquí uno de sus argumentos más repetidos. A modo de ejemplo, recuérdese el comentario de Forner en *Los gramáticos* (1783): “Estamos en un siglo de superficialidad. Oigo llamarle por todas partes siglo de la razón, siglo de luces, siglo ilustrado, siglo de la filosofía. Yo le llamaría mejor siglo de ensayos, siglo de diccionarios, siglo de diarios, siglo de impiedad, siglo hablador, siglo charlatán, siglo ostentador” (185).

palabras y palabras que uno puede imaginar: se doblan ante esta carga, su memoria está desbordada mientras que su espíritu está vacío. (136)

El propio Séneca en *De tranquillitate vitae* denunciaba a los hacinadores de libros: “Hallarás –decía– en poder de personas ignorantísimas todo lo que está escrito de oraciones y de historias, teniendo los estantes llenos de libros hasta los techos, porque ya aun en los baños se hacen librerías, como alhaja forzosa para las casas” (*De tranquillitate animi* 15). Por su parte, Montaigne en uno de sus *Ensayos* escribía a propósito del afán por tener una biblioteca privada, no sin cierto cinismo, cuál era su parecer por un gusto bibliófilo poco fundamentado: “No me sirvo de ellos [de los libros] sino poco más que aquellos que los ignoran: los gozo como el avaro sus tesoros, solo con saber que los tengo y los disfrutaré cuando quiera” (III: 3). No obstante, Montaigne se reconocía lector. Más contundente se había mostrado siglos atrás Petrarca, considerado el padre de la bibliofilia moderna, contra este gusto tan renacentista:

Los poseedores de grandes bibliotecas, como no pueden hacer gala de lo que saben, se enorgullecen de la multitud y rareza de los libros que han almacenado y sueñan vanamente que el solo poseer tales tesoros equivale a estar al cabo de su contenido. (Pérez Rioja 65)

A pesar de que, como aseguraba Lope de Vega en el soneto de sus *Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos*, “Que los libros sin dueño son tienda y no estudio”, la relación entre la modernidad y el avance de la lectura es un hecho en el siglo XVIII. La evolución de esta última en la centuria se relacionó, junto con la conversación y la tertulia, con la lectura en solitario y con la intimidad del estudio. Pero esta función primigenia de una biblioteca privada, que forma parte del gabinete donde su propietario, cuando es un hombre de letras o un erudito, se retira para leer, escribir o instruirse, se vio adulterada por quienes no pretendían sino lucirse acumulando libros que eran incapaces de leer y mucho menos de comprender. La biblioteca privada pierde así su razón de ser (Arias de Saavedra). Los libros no obedecen a ningún criterio de selección. Se adquieren por lo fastuoso de sus encuadernaciones, por el valor del papel, el renombre del impresor o por su precio. Sus dueños intentan con ello mostrar un estatus social, igualándose así a poderosos reyes y nobles o a intelectuales cuyas opiniones se respetan por sustentarse en conocimientos adquiridos mediante la lectura sosegada y el estudio detenido. Los salones, academias y sociedades de diversa índole son lugares propicios para este intercambio cultural en donde personas instruidas debaten sobre las más variadas materias. El hombre letrado se convierte en un estimado conversador que acude a compartir sus conocimientos y sus lecturas en lugares públicos o los exhibe en reuniones más familiares.

El consumo de libros se convierte entonces en algo cotidiano para ciertos sectores sociales que no siempre va aparejado de una adquisición racional, sobre todo cuando de libros caros se trata. Estos, generalmente ediciones de autores antiguos, de las obras de los humanistas más renombrados y de los autores e instituciones más reconocidos del pasado y del presente, contaban con un público selecto capaz de entender el valor cultural de la edición, pero también con otros muchos voraces compradores que entendían que disponer de esos ejemplares les convertía en privilegiados en todos los órdenes de la vida. De ahí que los lectores medianamente instruidos (eclesiásticos, funcionarios, juristas, médicos, hombres de letras, nobles e intelectuales en general) convivieran con otros falsos bibliófilos, que no dejaban de pensar en el libro como una mercancía que perdía su interés una vez que se apoyaba en sus anaqueles. Como es lógico, estos coleccionistas o, más bien, “colectores de libros” no gozaron de buena reputación. Todo lo contrario. Los “hacinadores de libros”, como se los llega a denominar, o los “bibliomaníacos”, término que también se emplea, constituían un lastre que había que erradicar enseñando cómo y por qué había que disponer de una biblioteca propia, qué libros convenía elegir y qué finalidad y metodología había que emplear para leer con el debido provecho⁷.

Bibliomanía: definición

La bibliomanía parece ser un término acuñado en el siglo XVII por Gui Patin (1601-1672), doctor de la Facultad de Medicina de París, que reconocía padecerla él mismo. En una de sus Cartas, remitida a M. Charles Spon, fechada en 1655, le pedía contactar con J. H. Hottingerus cuya parte quinta de la *Historiae ecclesiasticae* deseaba conseguir. Se disculpaba diciendo:

Perdóneme tantas importunidades que le hago por mi bibliomanía. Es un mal del que no voy a sanar este año, porque me queda demasiado poco tiempo; puede ser que me cure el año que viene. (Reveillé-Parise 144)

La bibliomanía es el “furor de tener libros, de juntarlos”, explica en un artículo aparecido en la *Encyclopédie methodique* en 1752 D’Alembert (228). Más por extenso la define Peignot, bibliotecario de la Alta Sajonia y

⁷ Resulta interesante consignar que un rechazo similar se produce hacia los libreros que se comportan como “mercaderes”. Fray Martín Sarmiento, en el texto antes citado, decía lo siguiente: “Habiéndose ofrecido hablar tanto de libreros, no me detendré en este título de mercaderes de libros. Insisto en que no se permita este oficio a quienes no tengan agregado otro empleo de impresor, encuadernador, etc. El que solo es mercader de libros en España tiene uno de los más ociosos oficios que se pueden discurrir y, queriendo como quieren todos gastar, triunfar y atesorar, es indispensable que desuellen a los compradores, con notable perjuicio de la República literaria” (193).

miembro de la Sociedad libre de Emulación del Alto Rin, en su *Dictionnaire de Bibliographie* del año 1802, donde dice lo siguiente:

La bibliomanía es el furor de poseer libros, no tanto para instruirse como por tenerlos y deleitarse con su vista. El bibliómano no conoce generalmente los libros sino por su título, su frontispicio y su fecha. Da mucha importancia a las buenas ediciones y las persigue sea cual sea su título. La encuadernación le seduce, ya sea por su antigüedad o por su belleza. Esta pasión es muy cara y muy ridícula, ¿de qué sirve poseer un tesoro que no se ha tocado nunca? El amor a los libros es estimable cuando se sabe apreciarles por lo que valen, cuando se obtiene la quintaesencia de ellos y sobre todo cuando se tiene el placer de comunicarlos. (I: 51)

Esta errónea utilización de los libros constituye un abuso porque desnaturaliza la afición a la creación de bibliotecas y la función misma de la imprenta. Volviendo a D'Alembert, explica, a propósito de la lectura, lo siguiente, tomando como referente las opiniones de Descartes y a Séneca:

Tanta gente mediocre y tantos tontos incluso tienen escritos, que normalmente se puede mirar una gran colección de libros, de cualquier género que sea, como una colección de memorias para servir a la historia de la ceguera y de la locura de los hombres y se podría poner encima de todas las grandes bibliotecas esta inscripción filosófica: "las pequeñas casas del espíritu humano". (228)

En manos de dueños iletrados, el libro se convierte en un bártulo carente de sentido cuando lo estimable se encuentra en su interior. Así pues, en la línea de lo expresado por Séneca en la antigüedad y Petrarca en el siglo XIV, se reitera en el XVIII la idea de que esta abundancia de libros es un gusto literario propio de los ricos pero que, lejos de asegurar la admiración pública de sus propietarios, hace más visible su ignorancia. Los bibliómanos incultos ansían comprar el título de sabios mediante un uso mercantil de la literatura:

Este lujo literario no tiene nada de imponente más que para el vulgo. Solo sirve para hacer despreciables a aquellos a quienes les afecte. El medio más certero de alcanzar importancia gracias a los libros no es teniéndolos, sino conociéndolos y leyéndolos con provecho. (Bolloud de Mermet, *De la bibliomanie* 19)

La loca pasión por los libros de la que se burló Ausonio en uno de sus epigramas se convierte entonces en un espectáculo ridículo y ridiculizado por quienes hablan de él, pues no constituye el entretenimiento del erudito, sino la enfermedad del necio. De nuevo en palabras de D'Alembert:

La pasión por tener libros es a veces impulsada por una avaricia muy sórdida. Una vez conocí a un loco que tenía una pasión extrema por todos los libros de Astronomía, aunque no sabía ni una palabra de esta ciencia. Los compró a un precio exorbitante y los encerró en una cámara sin verlos. [...] En general, la bibliomanía, con algunas excepciones, es como la pasión por las pinturas, las curiosidades, las casas... Los que las poseen no las disfrutan. (228)

En *De librorum copia* recoge Petrarca la anécdota atribuida al rey Luis XI de Francia quien, al descubrir que un hombre iletrado poseía una amplia biblioteca, dijo: “He aquí el auténtico retrato de un jorobado, que carga a sus espaldas un bulto superfluo y sobre el que está fuera de lugar fijar la vista”. Isaac Disraeli explica en 1791 en su obra *Curiosities of literature* que este mal es tan antiguo como las bibliotecas, si bien reconoce que a finales del Setecientos se había extendido enormemente:

La bibliomanía o el coleccionismo de un enorme montón de libros sin una curiosidad inteligente ha infectado, desde que existen las bibliotecas, a las mentes débiles, que se imaginan que adquieren el conocimiento cuando los guardan en sus estantes. Sus abigarradas bibliotecas han sido denominadas “los manicomios de la mente humana” y después “la tumba de los libros” cuando el propietario no entra en contacto con ellos y los encierra en los estuches de su biblioteca. Irónicamente se observa que aquellas colecciones no eran irónicamente la “llave del conocimiento humano”.

La bibliomanía nunca se ha propagado más exageradamente que en nuestros días. Es una suerte que la literatura no se vea perjudicada por las locuras de los coleccionistas, ya que, al preservar lo inútil, protegen necesariamente lo bueno.

Algunos coleccionistas ponen toda su fama a la vista de una espléndida biblioteca, donde los volúmenes, revestidos de toda la pompa de la escritura, forrados de seda, con triples líneas doradas, y de cuero tintado, están encerrados en cajas metálicas y protegidos de las manos vulgares del simple lector, deslumbrando nuestros ojos como bellezas orientales que se asoman a través de sus celosías. (I: 9)

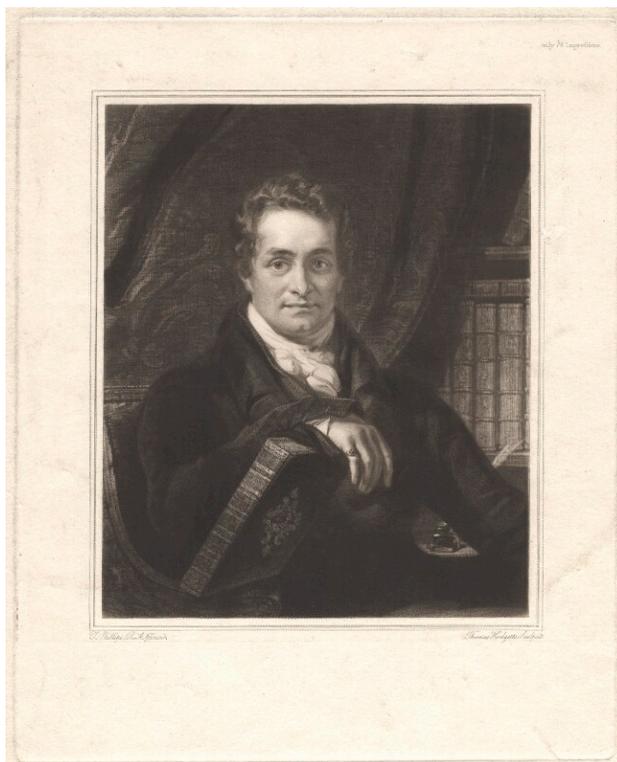
Para describir esta enfermedad y su posible cura el reverendo británico Thomas Frognall Diddin, bibliómano declarado, publicó en 1809 un curioso texto titulado *La Bibliomania or Book Madness: a bibliophafichal romance in six parts*, que reeditó en 1811, en el que, de forma entretenida a la par que erudita, repasa la historia de los coleccionistas de libros más conocidos, da cuenta de las ediciones que componen sus bibliotecas y disecciona cuáles son los síntomas de esta enfermedad y los medios para curarla⁸. Resulta

⁸ En la “Advertencia” a la primera edición expresa Diddin lo siguiente: “Al exponer al público el siguiente relato breve y superficial de una enfermedad que, hasta que se le ocurrió al Dr. Ferriar, había escapado por completo a la sagacidad de todos los

interesante señalar que, como se observa en las citas recogidas anteriormente, la bibliomanía se trata siempre como una patología, una locura fruto de una *pasión* descontrolada, con todas las connotaciones negativas que comporta el término (perturbación del ánimo, enajenación, impulsividad, irracionalidad, inclinación excesiva por alguna cosa, etc.). De hecho, ese trato despectivo es señalado por James Beresford en un escrito de respuesta a Dibdin titulado *Bibliosophia or Book-Wisdom containing some account of the pride, pleasure, and privileges of that glorious vocation, book-collecting*. Su propósito es dignificar una pasión que, a su modo de ver, Dibdin ha estigmatizado (Ames, Herbert y Dibdin 4). Considera, en este sentido, que la denominación que más se ajusta a “esa noble pasión de acumular libros” (Ames, Herbert y Dibdin 1), es la de *bibliosofía*, que puede definirse como “un apetito por coleccionar libros, cuidadosamente distinto, totalmente ajeno, a toda de idea de leerlos” (Ames, Herbert y Dibdin 5), pero que conlleva una conciencia valorativa o bibliográfica de los libros poseídos. Esta clase de coleccionista no es, por tanto, un mero colector, cuya única intención en poseer libros en abundancia, sino que, como llega a plantear Beresford, puede actuar como un verdadero filántropo, pues puede permitir a los estudiosos menos adinerados el acceso a su biblioteca (Ames, Herbert y Dibdin 8)⁹.

médicos antiguos y modernos, ha sido mi propósito principalmente mostrar sus características y presentar al lector (en el lenguaje de mi viejo amigo Francis Quarles) con el valor de una pequeña información de lo que puede, al final, suprimir o suavizar los estragos de tan destructiva enfermedad” (*Bibliomania* 10). Las seis partes son “El paseo vespertino”, “El gabinete”, “La sala de subastas”, “La biblioteca”, “El estudio”, “La hornacina”, siendo esta última la que dedica a los síntomas de la bibliomanía y a los posibles medios para curarla. Hay que señalar que Dibdin fue un gran bibliógrafo y un extraordinario conocedor de la historia del libro. Véase Windle y Pippin.

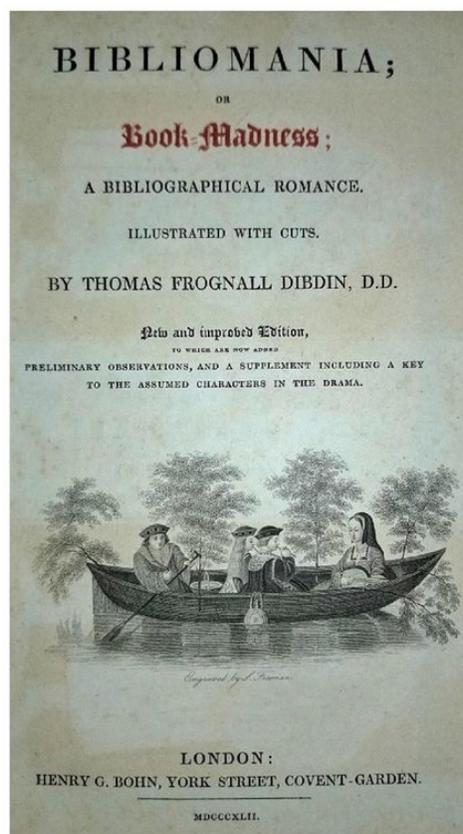
⁹ No fue este la única respuesta que recibió Dibdin. En 1832 se publicó, bajo el seudónimo de *Mercurius rusticus*, un panfleto escrito a modo de carta dirigido a Dibdin titulado *Bibliophobia. Remarks on the present languid and depressed state of literature and the book trade. In a letter addressed to the author of the Bibliomania Thomas Frognall Dibdin*, ed. fac. Cambridge: Cambridge University Press, 2010. *La bibliomanía* de Thomas Frognall Dibdin, junto con algunas cartas y textos adicionales, se publicó en 1903 en Boston, impresa por The Bibliophile Society.



Thomas Frognall Dibdin

Mas Dibdin tiene muy presente la Epístola en verso de John Ferriar, médico de profesión, dirigida a su amigo y bibliómano Richard Heber titulada también *La Bibliomanía*. De hecho, Dibdin escribe unas reflexiones preliminares en las que afirma lo siguiente:

Quando se anunció la publicación de la epístola poética del Dr. Ferriar, bajo el título de *La Bibliomanía*, confieso honestamente que, al igual que muchos de mis conocidos amantes de los libros, me poseyó una fuerte sensación de miedo y de esperanza: de miedo, porque podría haber sido acusado, aunque indirectamente, de haber contribuido al aumento de esta manía; y de esperanza, porque el verdadero objeto de la coleccionismo de libros, y de las actividades literarias, podría haber sido plenamente desarrollado. La atenta lectura de esta elegante epístola disipó por igual mis miedos y mis esperanzas, porque, en lugar de versos cáusticos, y notas satíricas, me pareció un panegírico suave y persuasivo, sin mezclar, sin embargo, con cualquier regla para la elección de libros o la regulación del estudio. (Dibdin, *Bibliomanía* 223)



Esta cita ofrece varias informaciones que son relevantes acerca de quienes padecen esta enfermedad: la primera, que es esencialmente masculina y, la segunda, que afecta a las clases más adineradas de la sociedad. Añade que no la padece el pueblo llano, lo cual resulta fácil de entender, y que se desarrolla en todas las estaciones del año y a lo largo de toda la historia de la humanidad (*Bibliomania* 11-12). De hecho, una de sus características más importante es que no desaparece con la vejez, sino más bien al contrario (*Bibliomania* 12). Eso explica que la hayan padecido personajes eminentes como Richard de Bury, Erasmo y otros altos representantes de la cultura británica que menciona en su obra. No obstante, Dibdin reconoce los beneficios históricos de esta afición. Siendo cierto que la “infección” de la bibliomanía se ha extendido por el mundo, no es menos verdad que ha permitido disponer de catálogos y de repertorios bibliográficos a través de los cuales se conoce el desarrollo de ese bien de la cultura universal que es la cultura escrita. De alguna manera, como se señala más abajo, ha servido para preservar manuscritos y ediciones de los que podría no tenerse constancia.

Por lo demás, los síntomas de la bibliomanía son repetidamente descritos. Según Dibdin, el más común de los indicios es el aprecio de los libros por su esplendor exterior. Los autores se estiman por la galanura de sus ediciones desconociéndose su excelencia intrínseca (*Bibliomania* 735). Mas, en segundo lugar, tal enfermedad se manifiesta por un “ardiente deseo de coleccionar todas las ediciones que se han publicado de una obra” (*Bibliomania* 728)¹⁰. Sin embargo, más relevante que relatar cómo se manifiesta esta extravagancia, lo interesante es el enfoque dado por el reverendo británico a sus remedios que terminarán por destacar la función ilustrada de la lectura y su instrumentalización social, moral y política. A la hora de formar en la lectura, el siglo XVIII intenta dar respuesta a dos cuestiones fundamentales: la primera es enseñar los criterios con los que se debe crear una biblioteca propia, esto es, a mostrar, extensivamente hablando, qué títulos deben configurarla y cómo debe realizarse la selección de los volúmenes y ediciones que deben integrarla, y la segunda recomendación, de carácter intensivo, se dirige a enseñar el modo en qué debe leerse para obtener el provecho necesario de los libros.

Contra la “ignorante ostentación” de la biblioteca privada

Johann Heinrich Samuel Formey (1711-1797), Secretario perpetuo de la Real Academia de Prusia, publicó un tratadillo, muy reeditado en Francia y en otros países europeos, titulado *Conseils pour former une bibliothèque peu nombreuse, mais choisie*. En él tiene muy presentes los *Advis pour dresser une bibliothèque* que publicara un siglo antes, en 1627, Gabriel Naudé. En esta obra de inspiración humanista se señalan las directrices a seguir para formar una biblioteca particular, en especial por parte de los jóvenes. Así, en el tercero de los capítulos se especifica la cantidad de obras que deben componerla y en el cuarto la calidad y condición de estas colecciones privadas. Sin embargo, es en el noveno y último donde se recoge el propósito principal de su creación. Consiste este en la posibilidad de consultar los libros y de transmitir su contenido al resto de los ciudadanos (152). Presupone que en una buena biblioteca la elección deben realizarla hombres doctos, sean o no bibliotecarios, que orientarán a quienes la visiten sobre el interés de los volúmenes y sabrán transmitirles la importancia de los autores, de las ediciones y de los textos¹¹.

¹⁰ A propósito de este síntoma declara en nota a pie de página lo siguiente: “Confieso francamente que yo mismo, en una ocasión, desesperadamente afligido por este undécimo síntoma de la bibliomanía, he coleccionado no menos de las setenta y cinco ediciones del Testamento griego, pero el tiempo ha enfriado mi ardor, y enmendado mi juicio” (*Bibliomania* 728).

¹¹ En la misma línea de puesta en valor de la bibliografía se inscribe la propuesta del impresor Boulard, en cuyo *Traité élémentaire de Bibliographie* del año 1804 afirma: “Nada hay más difícil que hacer una buena obra elemental sobre Bibliografía,

El propio Dibdin publica entre 1824 y 1825 los dos volúmenes de su obra *The Library Companion or The Young and The Old Man's Comfort in the Coise of a Library*, cuya intención consiste, según declara, en “trasmitir un sentimiento moral a la satisfacción de un gusto literario” (*The Library Companion* I: i). Así, aconseja a los jóvenes que compongan su propia biblioteca siguiendo los criterios que la religión, el patriotismo, la felicidad pública y privada, los principios establecidos por el gusto y un intelecto refinado recomiendan, y a que, al hacerlo, sigan los dictados de las autoridades antiguas y modernas más celebradas (*The Library Companion* I: iv). En cambio, para la edad madura, en la que hay lectores experimentados, la recomendación le resulta más complicada.

Según señala, los lectores veteranos suelen disponer ya de una biblioteca propia cuya lectura o relectura puede serles útil para recordar lo leído o adquirir nuevas ideas antes no apreciadas. De ahí que le resulte más sencillo recomendar al joven instruido títulos para conformar su biblioteca, con independencia de que sea un entusiasta de los libros o de la bibliomanía. El problema se lo causa el lector adulto. Su trabajo lectorial previo ya le ha satisfecho la curiosidad y le ha permitido la comprensión de materias distintas. En consecuencia, podría interesarse más por aquellos volúmenes más raros, preciosos e instructivos que pueda encontrar (*The Library Companion* I: vi)¹². Pero para hacerlo sabiduría, no hay otro medio mejor que el conocimiento bibliográfico que permite describir los libros, su valor y las referencias sobre su publicación. En realidad, para Thomas Frognall Dindin, el conocimiento bibliográfico se convierte en un medio de contrarrestar el exaltado carácter que asegura poseen los bibliomaniacos (*Bibliomania* 626).

A este respecto, Lisandro, uno de los interlocutores de la obra, pregunta cómo se distingue la biblioteca de un bibliomaniaco o si un mero coleccionista de libros es necesariamente un bibliomaniaco (*Bibliomania* 649). Para resolverlo se resumen sus síntomas de la siguiente manera:

En primer lugar, la pasión por los grandes ejemplares en papel; en segundo lugar, por los libros intonsos; en tercer lugar, por las obras ilustradas; en cuarto lugar, por las copias únicas; en quinto lugar, por los ejemplares impresos en pergamino; en sexto lugar, por las primeras ediciones; séptimo, por las ediciones fieles; y el octavo, por los libros impresos en letra gótica. (653)

porque es una ciencia que exige unos conocimientos inmensos, una gran práctica y mucho método” (1).

¹² El concepto de *libro raro* en el siglo XVIII se utiliza, como bien señala Varela-Orol, en varios sentidos, a saber: por la escasez de ejemplares conservados o impresos, por su impresión, por el valor del papel o por la belleza de las ilustraciones.

No obstante, la cuestión planteada es que el bibliomaniaco suele (o puede) tener conocimientos bibliográficos, más allá de que la adquisición de obras sea compulsiva. El problema es que el conocimiento bibliográfico en sí mismo puede ser insuficiente si no se acompaña de la lectura, como también señalara Juan Andrés en 1783. En palabras de este último, la bibliografía: “es un medio que sirve para conducir al conocimiento de libros útiles y ahora se ha hecho de ella una nueva ciencia en la cual muchos se paran sin pasar a leer los libros” (1783 37; Rodríguez Sánchez de León, “El conocimiento”). Es, por consiguiente, una ciencia complementaria, que puede acudir en auxilio no solo del erudito, del historiador, del filólogo o del bibliotecario, sino también del impresor, para quien constituirá una preciada fuente de información que le orientará acerca de cuáles son las obras que conviene reimprimir (Dibdin, *Bibliomania* 740)¹³. Por eso un buen bibliógrafo ha de conocer también el interior de los libros. Estudiar bibliografía, como propone Dibdin, cura la bibliomanía porque un bibliógrafo bien informado sabrá orientarse tanto para crear una buena biblioteca como para conocer el uso que debe darle. De aquí se deduce que una de las señales más obvias de padecer la enfermedad del bibliomaniaco, dice sarcásticamente este mismo autor, es su incomprensible gusto por los ejemplares intonsos (663). En su opinión, la pasión por disponer de diversidad de copias o de copias únicas, por poseer las primeras ediciones, por tener los mejores libros ilustrados o distintos ejemplares de la misma impresión puede incluso entenderse (667)¹⁴. Pero atesorar libros que no

¹³ Respecto de la importancia de la Bibliografía, Dibdin añade la siguiente nota: “Una buena bibliografía, dice Marchand, sea general o particular, sea profana o eclesiástica, sea nacional, provincial o local, sea simplemente personal, en una palabra, de cualquier género que pueda ser, no es una obra tan fácil como mucha gente se puede imaginar, así que nadie debe prevenirse inútilmente contra ella. Tal como es, no deja de ser buena, útil y digna de ser investigada por los amantes de la historia literaria” (P. Marchand. *Dictionnaire historique*, I. La Haya: 1758: 109). Prosper Marchand fue un reputado librero e impresor francés aquí citado por su obra *Dictionnaire historique, ou Mémoires critiques et littéraires concernant la vie et les ouvrages de diverses personnes distinguées, particulièrement dans la république des lettres* (La Haya: 1758-1759). Conviene recordar que en 1810 se publicó *Typographical Antiquities or the History of Printing in England, Scotland and Ireland containing the Memoirs of our Ancient Printers*, (London: William Miller, 2 vols.), cuya autoría la inició Joseph Ames, continuó William Herbert y se completó con una parte escrita por Thomas Frognall Dibdin y titulada “The History of English Literature, and a View of the Progress of the Art of Engraving, in Great Britain”.

¹⁴ Cuenta Disraeli que Ancillon se defendía cuando le acusaban de padecer la bibliomanía diciendo que tenía una buena razón para comprar las ediciones más elegantes y que esta no podía considerarse como un mero lujo literario sino que, cuanto menos se fatigan los ojos en la lectura de una obra, más libertad siente la mente para juzgarla y así como percibimos con mayor claridad las excelencias y los defectos de un libro impreso que en un manuscrito, los vemos más claramente en

pueden abrirse para ser leídos resulta imposible de justificar ante cualquiera. Lo explica del siguiente modo:

En cuanto a los ejemplares intonsos, aunque hay que reconocer su inconveniencia y deformidad, y aunque un hombre racional no puede desear nada mejor que un libro bien encuadernado, nos encontramos con que la extraordinaria pasión por coleccionarlos, no sólo se da con toda su fuerza, sino que va acompañada de consecuencias muy graves [...] (*Bibliomania* 664)

La biblioteca privada entonces no se concibe que tenga otro propósito que servir para la lectura. Y esta, se insistirá una y otra vez en el siglo XVIII, constituirá el medio más útil y provechoso de cultivar el espíritu, siempre que se componga de libros capaces de transmitir moral y literariamente (en el sentido amplio del término) los monumentos impresos de la religión, la erudición y el pensamiento humanista occidental. En ese sentido, Formey plantea como necesario enseñar a elegir los libros por su mérito intrínseco (6). Pero establecer una lista de los libros recomendables consiste en seguir un canon, pues se tratará de lecturas universalmente sancionadas por su doble valía: intelectual y moral. Lo reconoce así al afirmar: "En el fondo, he indicado solamente los libros que están en una situación declarada de aceptación del público, a los cuales no se puede contestar la posición que les otorgo después de las decisiones más universales y respetables" (9), pero uniendo a ello la condición de que ninguna lectura promoverá la incredulidad:

Nadie ignora que la religión ha estado expuesta en todos los tiempos a los ataques de la incredulidad, aunque parecen haber redoblado su intensidad en los últimos siglos. Este mal causa un bien: ha ocasionado las apologías, defensas, demostraciones de la verdad del cristianismo, de un nivel excelente. Se pueden adquirir y leerlos con tanto placer como aprovechamiento. (6)

Por este motivo, el fondo bibliográfico de una biblioteca que propone Formey constituye un catálogo razonado compuesto por un cierto número de categorías a las que pueden adscribirse los mejores libros de cada género. No obstante, aunque como clérigo y moralista, la idea que prevalece es la de lo bueno o la de lo mejor en términos religioso-morales, procura que su propuesta sea interpretada como la consecuencia de un gusto particular. Al contrario, se apoya en una autorizada sabiduría universal, sabiduría que no se duda en jerarquizar con lo que se establece una auténtica axiología de la lectura.

un buen papel y en un tipo claro que cuando la impresión y el papel son malos (I: 10-11).

Lógicamente el puesto más elevado lo ocupan las Sagradas Escrituras, la Teología y la Historia eclesiástica. La razón es sencilla: “El fundamento de la religión es la Escritura santa; en consecuencia, yo (declara Formey) la sitúo a la cabeza del resto de los libros” (10; Rodríguez Sánchez de León, “Aniquilar”). Resulta obvio que lo que se pretende es que no lleguen a las bibliotecas privadas libros prohibidos y autores considerados heréticos. Si bien no todos los autores son igual de intransigentes respecto de los “philosophes” y otros heterodoxos, lo que se procura, en términos generales, es persuadir de que el principal fin de la lectura es conocer las verdades de la fe y el dogma de la religión católica (Rodríguez Sánchez de León, “Contra la pasión”). Este tipo de lectura, por lo demás pasiva y asertiva, actúa, de un lado, como preventivo ante el contagio de la impía filosofía moderna y, de otro, como referente ético-moral para la valoración de cualquier otro libro. En este sentido, dos perspectivas resultarán dominantes y al mismo tiempo confluyentes tanto a la hora de seleccionar los libros como a la de leerlos: la que procede de los principios religiosos del catolicismo y la que consiguientemente selecciona la lectura atendiendo a una moral dominante. De alguna manera, se está procurando que los lectores apliquen lo leído en las Escrituras y discriminen así entre los libros siguiendo la opinión de los sabios acreditados o la de sus mentores religiosos. Eso explica que, de acuerdo con Erasmo, algunos autores recomienden que los lectores se alejen de los autores tan famosos por su buen estilo como por la perversidad de sus principios: “Los escritores disolutos –dice Boullioud de Mermet– pervierten el espíritu de los lectores y la curiosidad imprudente de estos últimos da pie a los excesos que reinan en la mayoría de los libros” (*Essai* 23). El objetivo último es conseguir el ostracismo público de los autores censurados por las autoridades civiles, eclesiásticas o por el parecer de los críticos eruditos acreditados moralmente que, con sus autorizados juicios, regulan la lectura pública:

Los autores de textos desprestigiados no temen ni la censura de los letrados ni el rigor de la ley, pero sí el desprecio y el olvido. Se animan a escribir porque están seguros de que habrá lectores y partidarios. Que el ministerio público prohíba sus obras se ha convertido en un nuevo medio para conseguir el favor de la gente y, cuanto menos lo merecen, más curiosidad despertarán. (Boullioud de Mermet, *Essai* 24)

Pero, como también se asegura, existe una fina separación entre las lecturas recomendables y las que se considera que no lo son. Tal es el caso de los libros que nos hacen caer en “el anzuelo del placer”:

En muchas ocasiones solo una delgada línea distingue lo que es legítimo de lo que se defiende. Una vez superada esta frontera nos permitimos la lectura de determinados libros que únicamente buscan la libertad y el deleite más refinado, que contienen anécdotas maledicentes, crónicas escandalosas, lecciones de pirronismo y de incredulidad, principios

totalmente opuestos a las leyes de la naturaleza, a las leyes de la sociedad y a las normas de las buenas costumbres, así como sistemas diametralmente opuestos a las máximas de la razón, de la justicia y de la religión. Esta es la forma de diversión de la gran mayoría de personas en el mundo, que buscan divertirse a cualquier precio. (Bollivoud de Mermet, *Essai* 19-20)

Como es sabido, las obras que excitan la imaginación resultan las peor paradas. Y la causa que lo explica es precisamente la ausencia de criterio de quien lee. Vuelve a señalar Bollivoud: "Nómbrale otras obras mejores que pudieran formarlas y entretenerlas y reconocerá que nunca elige, ya que la propia elección supone ya un estudio. [...] El capricho toma la decisión o, siendo sinceros, no toma ninguna" (*Essai* 22).

Esta forma de leer, sin reflexión, conocimiento ni guía, comporta que las obras lleguen al lector por casualidad, con lo que no se sigue ninguna clase de orden ni de método. La cuestión es que los lectores, se dice con toda vehemencia, se sienten libres para leer lo que quieren y ni los jóvenes, ni las mujeres ni las personas más sensatas y de edad avanzada rehúsan leer libros de entretenimiento, por más que se les diga que son insustanciales desde el punto de vista científico y perniciosos desde el moral. Por eso, aceptándose que los libros de entretenimiento y ficción han de formar parte del catálogo de lecturas recomendables, se recomienda que procedan de autores estimables por su estilo y sus ideas. Dicho de otro modo, han de ser lo que las instituciones y quienes las conforman aprueben:

Los autores estimables han sabido combinar la razón con la gracia y la sabiduría con el talento. Han hallado el arte de gustar e instruir. Uno deja intuir verdades útiles bajo la pátina de una ficción elegante; otro disimula una crítica fina y sensata con la apariencia delicada de la ironía; un tercero desenmascara lo ridículo, revela los horrores del vicio e inspira el amor por la decencia y el deber mediante un gracejo sutil. A las flores de la buena literatura les suceden los frutos más deliciosos. (*Essai* 63)

La primera consecuencia es que se ataca a quienes no convengan en estos principios. Los faltos de curiosidad por los buenos libros carecen de inteligencia, gusto y juicio y se les acusa de desconocer las propiedades de una lectura bien elegida y de comportarse como necios ignorantes. Pero la segunda es que la lectura, con independencia del tipo identificación que procure (moral, estética, admirativa, lúdica, etc.), no se deja encauzar de forma absoluta. En el diálogo entre el texto, el lector y el autor puede no darse un proceso de racionalización encumbrando así autores y títulos no sancionados por la tradición o por la fe.

"Libro cerrado no saca letrado": la búsqueda de un método lectorial

Partiendo de la máxima de que "libro cerrado no saca letrado", en el XVIII se insistirá también en la necesidad, casi en la urgencia, de establecer un método para que la lectura pueda ser atrayente y productiva. El uso

razonable de los libros supone enseñar a leer e incluso implica comprometerle en el desempeño de una función lectora activa, resultado de una meditación e interiorización de lo leído. Es interesante insistir en la idea de que el lector es presentado como un sujeto activo frente a la obra y su autor. La transcendencia de su papel no puede ser eludida, por lo que debe ser también dirigida, aunque, en última instancia, lo que se pretende es predisponer a los lectores para que asuman su responsabilidad en cuanto tales, sobre todo si lo que pretenden es instruirse:

No tenemos que creer que baste con leerlo todo rápidamente, sin criterio y sin elegir. Si las obras de nuestros célebres autores se crearon con la intención de instruir y agradar, requieren de algún tipo de cooperación por parte de quienes las leen. La tarea del lector, aunque más libre y menos dificultosa que la del creador, no deja de implicar cierta colaboración, y un libro realizado con orden y arte no causará nunca el efecto que el autor pretende si la lectura no es metódica, reflexiva y queda bien asimilada. (Bollieu, *Essai* 56)

De acuerdo con ello, hay que preparar al lector. Además de diferenciar entre lectores por estratos sociales y por la posición que ocupan en la vida civil, se distingue entre los que leen solo por placer y los que ocupan su tiempo en lecturas serias y el estudio. En relación con los primeros, el consejo está claro: “Que no se arriesguen los lectores incautos y, sobre todo, los jóvenes con libros con los que no habría que perder un tiempo valioso y con los que la integridad de sus costumbres queda comprometida” (Bollieu, *Essai* 59). Mas, respecto de los segundos, a los que se supone disponer de cierta dosis de inteligencia y gusto, se les recomienda que se apliquen a la lectura según convenga a la materia de la que trate el libro y sobre todo que le dediquen el tiempo que precise. La lectura ha de ser sosegada, atenta y minuciosa. El libro ha de ser estudiado con detenimiento y concentración:

Leer lentamente y aprender de memoria el contenido es el mejor método para vencer poco a poco los defectos de la naturaleza [...]. La lectura frecuente de buenos libros desarrolla el germen de la razón y del gusto. De manera imperceptible, el talento mejora, el juicio madura, el corazón se forma y, con ello, conseguimos lo esencial. (Bollieu, *Essai* 69)

La lectura se convierte así en alimento de la memoria y de la razón. La atención ha de caminar pareja con la reflexión, pues solo de ese modo se conecta con el autor y con su pensamiento:

¿Qué es al final la lectura? Una conversación secreta en la que el espíritu le habla al corazón, un diálogo donde el ingenio interroga a la razón y la escucha con docilidad, un intercambio donde la razón permite que las semillas del genio den su fruto. Es una correspondencia de ideas y

sentimientos entre el escritor y el lector. La obra es el intermediario común. Expone los pensamientos del primero y hace aflorar los del segundo. Los libros que dan mucho que pensar son, sin excepción, los mejores. Además, para extraer un buen provecho con placer, con sentido, es necesario darse cuenta de lo que se ha leído y aplicarlo sobre uno mismo, reflexionar sobre el contenido y someter la memoria para que sea tributaria del discernimiento. (Bollioud, *Essai* 70-71)

La lectura en el siglo XVIII se convirtió en un elemento crucial para entender la mentalidad ilustrada por cuanto se introdujo en todos los estratos sociales y porque, por más que se quisiera impedir el acceso a la lectura, no pudo evitarse su extensión. Al fin y al cabo, como señalara Voltaire: "Recuerdo muchos libros que han aburrido a sus lectores, pero no conozco ninguno que haya causado un mal real".

BIBLIOGRAFÍA

Ames, James, W. Herbert y Thomas Frognall Dibdin. *Typographical Antiquities or the History of Printing in England, Scotland and Ireland containing the Memoirs of our Ancient Printers*. 2 vols. London: William Miller, 1810.

Andrés, Juan. *Disertación sobre las causas de los pocos progresos que hacen las ciencias en estos tiempos. Dicha en la Real Academia de Ciencia i Buenas Letras de Mantua [...] i traducida del italiano por don Carlos Andrés*. Madrid: Imprenta Real, 1783.

Arias de Saavedra, Inmaculada. "Libros, lectores y bibliotecas privadas en la España del siglo XVIII". *Chronica Nova* 35 (2009): 15-61.

Bollioud de Mermet, Louis. *La Bibliomanía y el Ensayo sobre la lectura, con un apéndice con textos de D'Alembert, Rousseau y Voltaire*. Ed., intr. y notas de M^a. J. Rodríguez Sánchez, trad. de A. J. Martínez Pleguezuelos. Salamanca: IEMYRhd/SEMYR, 2021.

_____. *De la bibliomanie*. La Haye: s. i., 1761.

_____. *Essai sur la lecture*. Amsterdam/Lyon: Pierre Duplain, 1765.

Boulard, M. S. *Traité élémentaire de Bibliographie*. Paris: Boulard, 1804.

Bruyère, Jean de la. *Caractères ou Les mœurs de ce siècle*. Paris: Michel-Etienne David, 1749-1750.

- Cátedra García, Pedro M. *La bibliofilia y la circulación de los libros bodonianos en España (siglos XVIII-XX)*. Salamanca-Parma: SEMYR/IEMYR, Museo Bodoniano/Biblioteca Palatina, 2018-2019.
- . *G. B. Bodoni, la tipografía, los funcionarios y la corona española*. Salamanca: IEMYRhd/SEMYR, 2015.
<http://bibliotecabodoni.net/monografia/g-b-bodoni-la-tipografia-los-funcionarios-y-la-corona-espanola>
- . “Texto, tipografía e ilustración en los libros conmemorativos bodonianos”. En *La fisonomía del libro medieval y moderno. Entre la funcionalidad, la estética y la información*. Dir. Manuel J. Pedraza Gracia. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2019. 431-460.
- Chartier, Roger. *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa, 1994.
- Corbeto López, Albert. “El debate sobre la imprenta en la República de las letras. Tributos, querellas y los proyectos de los eruditos para reformar el arte tipográfico en la España del siglo XVIII”. *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo* 24 (2018): 243-267.
http://dx.doi.org/10.25267/Cuad_Ilus_romant.2018.i24.12
- D’Alembert. “Bibliomanie”. *Encyclopédie Methodique*. Paris: 1752. 228.
- Darnton, R. *El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800*. México: FCE, 2006.
- Dibdin, Thomas Frognall. *Bibliomania or Book Madness or Book Madness: Bibliographical Romance in Six Parts*. London: McCreery, Blackhorse-court, 1811.
- . *The Bibliomania or Book Madness*. Boston: The Bibliophile Society, 1903.
- . *The Library Companion or The Young and The Old Man’s Comfort in the Coise of a Library*. London: Harfing, Triphook and Lepard, 1824.
- Disraeli, Isaac. *Curiosities of Literature*. 2 vols. London: Frederick Warne and co., 1866 [1791].
- Enciso Recio, Luis Miguel. *Barroco e Ilustración en las bibliotecas privadas españolas del siglo XVIII*. Madrid: RAE, 2002.
- Formey, Mr. *Conseils pour former une bibliotheque peu nombreuse mais choisie*. Berlin: Haude y J. C. Spencer, 1750.

- Forner, Juan Pablo. *Los gramáticos. Historia chimesca*. Ed. J. Jurado. Madrid: Espasa-Calpe, 1970.
- Lopez, François. "Lisants et lectures en Espagne au XVIII^e siècle". En *Livre et lecture en Espagne et en France sous l'Ancien Régime*. Paris: 1981. 139-151.
- López-Vidriero, María Luisa. "La biblioteca del Palacio Real de Madrid". *Archives et Bibliothèques de Belgique* LXIII/1-4 (1992): 85-118.
- _____. "La librería de cámara en el Palacio Nuevo". En AA. VV. *El libro antiguo español. III. El libro en Palacio*. Salamanca: Universidad de Salamanca/Instituto de Historia del libro, 1996. 167-183.
- _____. "Apuntes sobre la librería de cámara". *Arbor* 665 (2001): 287-295.
- Luzán, Ignacio de. *Memorias literarias de París. Epístola dedicatoria de La razón contra la moda*. Ed. G. Carnero, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2009.
- Mercurius rusticus. Bibliophobia. Remarks on the present languid and depressed state of literature and the book trade. In a letter addressed to the author of the Bibliomania Thomas Frognall Dibdin*. Ed. fac. Cambridge: Cambridge University Press, 2010.
- Montaigne, Michel de. "Des trois commerces." En *Essais*. Paris: Desoer, 1818. 287-291.
- Morales Borrero, Carmen. "Biblioteca de cámara del Rey Carlos III". *Reales Sitios* 96 (1988): 49-54.
- Patin, Gui. *Lettres [...]. Nouvelle édition augmentée de lettres inédites [...] par J.-H., Reveillé-Parise*. T. II. Paris: J.-B. Baillièrre, 1846.
- Peignot, Etienne-Gabriel. *Dictionnaire raisonné de Bibliologie*. T. I. Paris: Renouard, 1802.
- Pérez Rioja, José Antonio. *El libro y la biblioteca*. Madrid: Salvat, 1952.
- Raven, James. "Debating Bibliomania and the Collection of Books in the Eighteenth Century". *Library and Information History* 29.3 (2013): 196-209.
- Reveillé-Parise, J. H., *Lettres de Gui Patin, nouvelle édition augmentée de lettres inédites, précédée d'une notice bibographique*. T. XII. Paris: J. B. Baillièrre, 1846.

- Rodríguez Labandeira, José. *El censor de las Luces y la Revolución francesa. Malesherbes y su tiempo, 1721-1794*. Madrid: Claudia, 2008.
- Rodríguez Sánchez de León, María José. “Aniquilar la Ilustración o el canon cristiano de la lectura en el siglo XVIII”. *Arte Nuevo* 4 (2017): 955-986.
- _____. “El conocimiento científico de la literatura y la comprensión hermenéutica y crítica de la literatura: la propuesta de Juan Andrés”. En *La ciencia literaria en tiempos de Juan Andrés (1740-1817)*. Ed. Rodríguez Sánchez de León, María José y Miguel Amores Fúster. Madrid: Visor, 2019. 125-149.
- _____. “Contra la pasión de leer: la homilía sobre la lectura de libros prohibidos”. En *El libro y sus circunstancias*. Ed. Mariano de la Campa et alii. Madrid: Iberamericana/Vervuert, 2019. 297-315.
- Sarmiento, Martín. “Reflexiones literarias para una Biblioteca Real”. En A. Valladares de Sotomayor. *Semanario erudito, que comprende varias obras inéditas [...]*. Madrid: Blas Román, 1789, XIX: 99-273.
- Valera-Orol, Concha. “El concepto de libro raro en el siglo XVIII. La recepción de la obra de David Clément en España”. *Revista general de Información y Documentación* 26.2 (2016): 631-650.
- Windle, John y Karma Pippin. *Thomas Frognall Dibdin, 1776-1847: A Bibliography*. New Castle: Oak Knoll Press, 1999.

